ra la defensa de nuestra mone-

Pedro O. Pacheco

752

El Fin de "La Náusea"

8/10/59

por *Sebastián Salazar Bondy*

Hace diez años el signo distintivo de la literatura francesa —y, por ende, el pensamiento de ese país y de los países hacia los cuales su cultura irradia —era de decepción, angustia y rebeldía. Un título de Sartre, el filósofo y escritor existencialista, definía el tono intelectual de ese momento: "La Náusea". El auge de esa actitud fue mundial, ya se diera auténtica o artificialmente, y sus derivados exacerbaron el acento escéptico y melancólico hasta extremos sutiles. En Londres ahora escriben los "jóvenes iracundos" y en Estados Unidos tienen un puesto importante quienes se dicen pertenecer a la "generación apaleada". Una reciente encuesta llevada a cabo en Francia por el crítico J. R. Huguenin, sin embargo, ha demostrado que entre los escritores franceses de la última hornada, es decir, entre aquellos que no llegan a los cuarenta años (Bernard Franck, Claude Simon, Julien Gracq, Boris Schreiber, etc.), se produce una reacción saludable contra esa "náusea" y se tiende al logro de una especie de romanticismo nuevo, realista, sereno, tónico.

Sostienen, en principio, esos autores —todos ellos con una obra de calidad, con una formación espiritual y cultural sólida— que emprenderla contra la sociedad, contra el amor, contra los hechos dados, es un truco o ardid para obtener notoriedad fácil y rápida. Se interesan, por el contrario, en la vida y en la creación de verdades útiles al hombre. Hablar de sí mismo con sinceridad, sin el prurito de sorprender, pene-

Sartre

trándose intensamente, es el método adoptado por esos nuevos escritores —que no se han puesto de acuerdo en ello previamente, esto es lo curioso— para sobrepasar la etapa del falso existencialismo, empeñado en revelar sólo lo putrefacto y triste del mundo presente. Evitando hipertrofiar el yo —lo que conduce necesariamente al egoísmo y al aburrimiento o la desesperación—, quieren ir hacia la exaltación del amor como un bien humano maravilloso, como un milagro. Además, estos artistas miran hacia el futuro con esperanza y quieren un porvenir mejor para la humanidad.

Se ha visto en este movimiento un nuevo romanticismo, como queda anotado, pero, ¿de qué clase? Como es natural, no será un romanticismo a la manera del de 1830. Para Michel Butor, uno de estos renovadores, la posición romántica es permanente en el espíritu humano, y el que sobreviene ahora comporta la adhesión a las innumerables transformaciones de la cultura en los dos siglos inmediatos. De ahí que el neorromanticismo será un florecimiento originar, cuya fuerza motriz será la lucha por restablecer los derechos de la condición humana, aun en sus instancias más insignificantes, y el primer paso para eso es, como afirman casi todos sus promotores, vivir en la misma forma en que se escribe y, viceversa, escribir en la misma forma en que se vive. La identidad entre el ejercicio de la literatura y la existencia individual y colectiva decide la autenticidad de la obra, y eso es lo que se busca antes que nada. Entroncados así con una tradición viva, los escritores de esta promoción ven el universo con ojos limpios, dispuestos a asumir sus deberes aun cuando ellos los obliguen a cosas que no son gratas ni estrepitosas.

Corta ha sido, pues, la epidemia existencialista —no la de la filosofía de ese nombre, entendamos, sino la de la literatura que se inspiraba, de veras o no, en esa filosofía— y su secuela de escándalo, exotismo, rebelión y desánimo. Los escritores que como Sartre encontraron en un momento dado —sobre todo en la postguerra — el éxito, comenzaron a declinar en el último lustro. Una indagación de la revista "Ars" reveló hace poco que la juventud francesa había dejado de leerlos. Todo hace suponer que el reino de "La Nausea" está en franco derrumbe y que, en vez de él, se levanta otro cuyo nombre no está creado, pero que dirá claramente que la fe en el hombre no se ha agotado y que todavía se está a tiempo de restituir los principios puros por los cuales el mundo es un don digno de ser poseído.

se; el resto, mira. La enseñanza

propicio. No tiene importancia alguna que la Universidad carezca